

Sobre la historia y la política nacional en Maquiavelo*

Carlos Fernández Pardo

- I -

Los acontecimientos de una época de crisis suelen presentarse en un espacio mental desorganizado. Con frecuencia, la aparente contradicción de tendencias que exhibe una época tiene mucho que ver con la ineficacia de ciertas categorías, respecto al presente, y con la ausencia y poca elaboración de los nuevos conceptos que demanda la época. Tal es el rasgo distintivo de la crisis: un conflicto que opone definiciones alternativas de la *sociedad* y básicamente conceptos antagónicos de la *política*. No tanto porque se halle ausente una perspectiva unificada del obrar humano, como por la imposibilidad de volver recíprocas perspectivas a simple vista, excluyentes.

La historia del pensamiento político acostumbra detenerse en algunos pensadores de acuerdo a dos clases de interés: la dialéctica de las ideas en sí mismas tratadas en su coherencia expositiva, esto es el análisis de la "ideología" (la lógica interna de una "idea"), o bien, la explicación, del pensamiento como derivado de circunstancias objetivas. Pero ambas orientaciones resultan fallidas en el caso de las ideas políticas, porque en muchos casos se olvida considerar lo realmente clave que es la orientación estratégica y las mediaciones que un pensamiento produce y a través de las cuales se manifiesta. Hay una lectura "textual" y una vía "contextual", ambas en permanente relación¹.

Un período de crisis, siempre se resuelve mediante la *institucionalización*, comenzando con las mentalidades y concluyendo con nuevos ordenamientos de la vida comunitaria. Sin embargo, la falta de una continuidad en el tiempo, por parte de los sistemas políticos, y los cambios constantes a que se encuentran sometidos, otorgan al pensamiento político una singular plasticidad.

Suele estudiarse el Renacimiento conforme a criterios que acentúan su motivo individualista, la exaltación de la vida material y la tendencia a la racionalidad de la existencia. Se ha elaborado una visión estética de la cultura renacentista que en la comprensión de sus ideas ha querido ver una expresión de la *sensibilidad moderna*. En este sentido se incurre en la hipóstasis tan reiterada de que la religiosidad es característica de la Edad Media y la “política” fenómeno que irrumpe recién con la Modernidad². La consecuencia reside en atribuir a la política, como momento del espíritu moderno, el divorcio necesario entre lo técnico y lo ético. Vale decir, restarle una función doctrinaria al problema del poder, y convertirlo en una “ciencia exacta de la racionalidad política”³.

- II -

La inclinación de Maquiavelo por las consideraciones *técnicas* del obrar político no abstrae, sino que reorienta, su adhesión personal en dirección a ciertas asunciones normativas. Las cuestiones de *valoración*; solamente en términos de una metodología de estudio de sus ideas podrían, tal vez, definirse como secundarias. En realidad, como bien ha sugerido Russo, el florentino fue un servidor del Estado “en general”, pero como sistema ético vale decir en un sentido por completo diferente a lo que en nuestros días sin vacilación calificaríamos como “tecnocracia”. Se interesó por la técnica debido a que su proceder intelectual no admitía la política como *inmediatez*, sino como operatividad, cálculo, conducción de hombres y legalidad positiva. Bajo la fórmula de “buenas armas y buenas leyes” quedaba para Maquiavelo resumido el sino del obrar político como gobierno (stato) pero también como condición histórica del “vivir civil” (stato). Como su propia realidad se manifiesta en un contexto de disolución de instituciones republicanas y emergencias de instituciones aristocráticas (la reconquista del poder por los Médicis en 1512); las relaciones de poder no tienen una expresión tan objetiva como para empequeñecer la fuerza de las grandes personalidades. Pero aún así, éstas deben observar algunos principios de la técnica política⁴. Maquiavelo quiere, ante todo, disciplinar la mente en la consideración fría y rigurosa de la *realidad efectiva*, para que ésta no quede presa de la imaginación⁵.

Ciertamente que, dicho en términos muy breves, aquel supuesto nos introduce en los motivos del llamado “maquiavelismo político”. En estas páginas hemos querido establecer las principales líneas de fuerza de un pensamiento representativo sobre el modo de anticipar la solución política de la crisis italiana en el siglo XVI.

El interés radica, según las condiciones del presente, en una lectura de la obra de Nicolás Maquiavelo, distante en lo posible de su mediatización por el liberalismo político del siglo XVIII y por el positivismo del siglo XIX⁶. Se trata de dos distancias que hemos tratado de observar a lo largo de este trabajo. En primer lugar, por la primacía de la política como construcción organizada de la vida histórica; en segundo lugar, porque consideramos parcial y abstracto, separar en la obra de Maquiavelo el análisis técnico del poder de su proyección ética⁷.

No existía en tiempos del escritor florentino una concepción moderna del Estado, así como tampoco una comprensión acabada del fenómeno nacional⁸. Sin embargo, la contribución de Maquiavelo, apreciada en su propia “situación” fue moderna por el modo de interpretar el obrar humano aun debiendo “sobrepolitizar” la realidad.

Fueron constantes en su obra tres motivos de singular relevancia para la política moderna. A saber: 1) el problema de la “unidad nacional” de los italianos; 2) una anticipación a la democracia nacional-popular, por último 3) la primacía de la *virtú política*, como garantía del “vivir civil” que para Maquiavelo equivale a “vivir libre”. Precisamente, tres motivos olvidados durante el siglo XVIII; con excepción de Rousseau, quien supo advertir cuantas enseñanzas podían extraer los pueblos del escritor florentino⁹.

“No hay lección más útil a quien gobierna la república que el conocimiento de aquellas causas que producen el odio y la división de la ciudad”¹⁰. La crisis política italiana era la de su división, la pérdida de un concepto nacional unitario, la sostenida crisis de autoridad y conducción y la falta de una conciencia nacional

capaz de reabsorber los antagonismos internos. Como impacto de fondo, más allá de la realidad italiana fue el fenómeno de la *guerra civil* el tema inicial del pensamiento político moderno.

- III -

La cultura emergente de la baja Edad Media manifiesta formas políticas que hoy llamaríamos de transición, puesto que la unidad de los regímenes y lealtades cesan de ser una realidad para convertirse en prolongada aspiración. Aquella unidad política del orbe cristiano se encuentra prácticamente disuelta por tendencias plurales que se agitan en su seno¹¹. Nuevos vínculos y lealtades junto a centros de gravedad también nuevos comienza a particularizar la pertenencia de los hombres. Un orden eterno, y por lo mismo extrahistórico, proyectado en estructuras legítimas de convivencia ya no es posible. Lo mismo acontece con las mentalidades y su apropiación de lo real. Frente a la unidad cristiana se levantan las nacionalidades, que no discuten la pertenencia espiritual, sino que la apartan de su inserción histórica. Con los primeros estallidos de la protesta religiosa, ya planteada en este contexto, comienza a impugnarse la legitimidad terrenal de la misma jerarquía eclesiástica. La miseria en algunos lugares, la guerra y las calamidades parecen haber predispuesto a los hombres a rechazar en lo más íntimo la idea de que el orden histórico procede por vía de la Creación divina, más que por el concurso del obrar humano. El motivo de la libertad moderna es lo que abre cauces a la perspectiva histórica. De hecho no podía nacer la libertad moderna, sin que al mismo tiempo apareciera el espacio de la historia como el de las obras humanas explicadas por sí mismas. Ya es un aspecto indudablemente *secular*, pero comprometido, sin embargo, con motivaciones también religiosas. La pertenencia religiosa aún orienta las lealtades nacionales. Una bula papal contra la herejía, tenía poder suficiente para disolver los vínculos dinásticos más sólidos¹². En la baja Edad Media el pensamiento político eclesiástico había resuelto el problema de la soberanía levantando la superioridad papal y sacralizando este poder. Señalaba Gierke que una idea tal demanda, como premisa filosófica, la unidad del sistema político. De manera que por esta vía,

todos los estamentos de la comunidad se consideraban parte y jurisdicción de la organización eclesiástica¹³.

Pero alternativamente también desplegó su argumentación una corriente de ideas, tendiente a separar el poder eclesiástico del poder civil otorgando a este último una relativa autonomía, desde luego, problematizando el problema de su origen y legitimidad. Fue un despliegue prolongado en el tiempo y parcialmente resuelto por el liberalismo temprano (Hobbes, Locke), aunque con diversos grados de adhesión a las categorías del *derecho natural*. Cuando escribe Nicolás Maquiavelo, hacia fines del siglo XV recién comienza este debate y particularmente, se manifiesta en el escenario de la política italiana. Es una cosa bien distinta para el florentino la importancia del componente religioso en la vida civil y la naturaleza “política” del poder religioso¹⁴.

Como es sabido, la consolidación de los territorios y *signorías* italianas se llevó a cabo siempre en resistencia a la centralización imperial o eclesiástica. Fueron estos, reducidos “cosmos políticos” verdaderos laboratorios del poder, cuyo centro de gravedad preferentemente urbano reducía el espacio de su ejercicio¹⁵.

Por lo común, predominaba, en parte como rasgos típicamente feudales sin duda, un complejo sistema de alianzas familiares en lo interno, practicado incluso por un republicano convencido como el *gonfaloniero* Pietro Soderini, de Florencia, a quien Maquiavelo acompaña durante quince años como segundo Secretario¹⁶. Allí se pusieron en práctica regímenes aristocráticos o democráticos, aunque siempre de limitada representatividad. Rara vez demandaban el apoyo del campesinado (contadini) para decidir sus luchas interiores. Era un sector que tampoco poseía alguna posibilidad política propia en razón del poder de la ciudad y de la concentración de la riqueza en ella operada.

Era indiscutible por otra parte el dominio del alto comercio, desarrollado como ningún otro con un mercado interno fortalecido por una moneda unitaria:

el *florín*. No obstante, si atendemos al tamaño de sus territorios y a la composición de la demanda externa, las urbes italianas no se encuentran en condiciones demasiado favorables, frente a la irrevocable erección de economías estatal-nacionales en los demás países europeos. El crecimiento de aquéllas se explica adecuadamente en términos del atraso relativo de Flandes, Inglaterra, Francia y España durante los siglos XV y XVI. Precisamente lo mismo que podrá explicar dos siglos más tarde su caída¹⁷.

Pero, cuanto tienen de modernas las estructuras del capitalismo italiano, localizadas en las repúblicas y *signorías*, se halla seriamente limitado por el contexto de un estadio muy inferior del desarrollo capitalista. Primeramente el tamaño de su mercado interno y la influencia de estilos feudales en el comportamiento social y en la estratificación¹⁸. Podría concluirse que los “brotes” del capitalismo italiano dependen más del comercio a distancia que de sus posibilidades internas. Rodeado por el feudalismo dominante en los Estados europeos, un rasgo notable del capitalismo italiano será, sin duda, la inestabilidad de proyectar su crecimiento en el “largo plazo”.

Por esta misma razón, es en el *capitalismo privado* (sociedades comerciales, bancas privadas, transferencia de utilidades a otros países merced a relaciones de confianza allí establecidas, etc.) donde podemos encontrar lo más dinámico de la modernidad italiana, se entiende que desde el punto de vista económico.

No es casual que la decadencia económica florentina, por ejemplo a la salida del siglo XVI, pueda explicarse no sólo por la súbita alteración del comercio con Levante, sino en mayor medida por la cesación de pagos en que los Estados nacionales (Francia, Inglaterra) solían incurrir sin poder los italianos impedirlo con su propia fuerza¹⁹. En lo interno, la vida económica no despliega una racionalidad dominante, sino que también se encuentra desgarrada entre la necesidad de incrementar su función de riqueza y la rivalidad de los conflictos civiles. La tesis de Antal, es la de un “compromiso” integral del capitalismo italiano con variantes netamente feudales.

Podría olvidarse el sujeto histórico, puesto que los mismos que encarnan el capitalismo mediatizan su racionalidad con prácticas feudales. Su mismo concepto de la *comuna* lleva a las familias a utilizar los derechos municipales como *atributos estamentales* y no como funciones ciudadanas. Ciertamente que el razonamiento de Mounin quiere llegar a la conclusión de que el capitalismo italiano no era plenamente burgués durante el siglo XIV²⁰.

Sin duda alguna, por más que los Médicis hayan exaltado las cualidades del bajo pueblo (*popolani*), su estilo aristocrático sólo dejó a la vida italiana, en materia de gobierno se entiende, una correcta percepción del “equilibrio interno” en el sistema de alianzas²¹.

De manera pues que lo que Maquiavelo comienza a percibir como problemática de la libertad es cuanto se procesa en la fragua de la diplomacia, y los entendimientos territoriales. Realmente difíciles para los grandes Estados en formación, pero sumamente dinámicos e inestables para las ciudades italianas. Sin mayores posibilidades de emprender acciones armadas contundentes, repúblicas y *signorías* vieron menguada su capacidad de decisión por compromisos necesarios con las grandes potencias. Las familias prestigiosas de una nobleza casi “feudalizada” debieron someterse, en consecuencia, por grado o por fuerza, a las demandas de España, el Papado, Francia o el Imperio.

Prácticamente ningún *estado italiano* (con excepción de Milán bajo el poder de los Visconti y de Venecia) tuvo jamás alguna iniciativa en la política europea²².

La península fue un campo de batalla donde se batían ejércitos extranjeros; los italianos y desde luego Maquiavelo mismo, mal podían pensar la política en términos “ofensivos”. Sólo restaba, mientras tal situación permaneciese, idear las más diversas estratagemas para sobrevivir. Sin embargo, es cierto que sin capacidad ofensiva la política más bien se padece que se actúa. Era preciso para los italianos retomar la iniciativa de sus asuntos, reflexionar la política como una

cuestión de poder y hegemonías. Asumirla como determinación y libertad. Quien actúe solo la política como respuesta, ha de padecer el rigor de la *necessità*²³.

Ha sido en estas condiciones, a veces olvidadas por el análisis exclusivamente "ideológico", que el pensamiento de Nicolás Maquiavelo terminó esbozando como necesidad histórica y suprema ambición la puesta en marcha en Italia de un movimiento de liberación nacional aún bajo el poder de los Médicis²⁴. Se explica el fino análisis de Buckardt ya clásico, cuando al referirse a la realidad italiana afirma: "Aquí no nos encontramos ya con un feudalismo con derechos artificialmente derivados, aquí el poder que cada uno posee, por lo menos lo posee en general, de un modo totalmente efectivo (...), todos están conformes en que las cosas han de tratarse desde el punto de vista de su situación real y de los fines que deben alcanzarse"²⁵.

- IV -

El sistema político se funda en dos órdenes concurrentes que son, la naturaleza del hombre y la incidencia de la legalidad histórica sobre aquélla. Sólo es aparente la contradicción que señalaba José Luis Romero entre el *empirismo* de Maquiavelo frente a la realidad política presente y su idealismo y distorsión de las fuentes, cuando escribía sobre el pasado²⁶. En realidad, el tratamiento que lleva a cabo Maquiavelo acerca del pasado no responde a ninguna preceptiva historiográfica (excepto al modo de escribir historia que tenían los renacentistas). Simplemente "explica" el pasado en función de las demandas políticas del presente, subordina a estas demandas la estructura del acontecer.

La comprensión histórica del pasado, según la perspectiva renacentista, fue bien caracterizada por R. Collingwood al señalar que ella exaltó por la vía "activa" del ejemplo, mucho más que la superioridad del romano, el carácter paradigmático resultante.

Se trata, desde luego, de una filiación fácil de entender. La sensibilidad renacentista hacia lo histórico en general y la función del conocimiento del

pasado como forma concurrente a la *identidad nacional* en particular interesan a Maquiavelo. Era una búsqueda, por la propia memoria de los italianos, de aquella expresión de la nacionalidad, necesaria para retomar las grandes tareas políticas de su tiempo: la unidad nacional y la integración territorial. Las virtudes del Príncipe no eran un inventario de cualidades psicológicas. No había una psicología del “político”, como ciertos atributos de una “personalidad objetiva”, en función del mando y la organización. Nicolás Maquiavelo no se ciñe, como dijimos, a la preceptiva historiográfica. Lejos de ser un expositor objetivo y un hermeneuta riguroso de Tito Livio, parece recoger más bien, la, incitación latente en el discurso del romano. Tito Livio pretendió dotar a sus *Décadas* de una penetrante ejemplaridad de una certeza del pueblo romano respecto a su destino. “Para el historiador renacentista el hombre no labraba su destino a partir de su intelecto, sino como una criatura que avanza en una marea de pasiones e impulsos y lo consigue o perezca pese a ellos”²⁷.

Seguramente porque no halló en su ambiente expresiones activas de la *virtú* romana, por lo menos a su alcance, es razonable suponer que Maquiavelo se vio inclinado hacia una percepción pesimista de la naturaleza humana. No es, sin embargo, una idea propia del escritor florentino, sino una sensación generalizada en los publicistas e historiadores de la época. Una idea parecida van a difundir más tarde los escritores calvinistas quienes, en su nutrida literatura política, insistirán en el rol educativo y represor del orden político. Pesimismo ciertamente más penetrante por cuanto tiene como supuesto una antropología de base más que una condición humana transitoria.

El estudio de la historia no tiene para Maquiavelo una referencia exclusivamente fáctica: en todo caso el hecho histórico debe ser “vivenciado”. Y debido a que el hombre es un ser histórico, aun para Maquiavelo los juicios más definitivos encubren la certeza de la relatividad de las acciones y principios. “He oído decir que la historia es una maestra de nuestras acciones, sobre todo la de los príncipes, porque el mundo ha sido habitado desde siempre por hombres que tienen las mismas pasiones, y siempre hubo quien obedeció y quien mandó (...) y quien sirvió bien, o sirvió mal, quien se rebela, quien es reprimido”²⁸.

Pero el supuesto de la naturaleza humana cede, en la arquitectura de conjunto con que Maquiavelo sistematiza el saber histórico a regularidades y recurrencias que se aproximan a su filosofía de la historia. Maquiavelo establece una legalidad del devenir histórico, de ningún modo original y subordinada al curso de aquellas acciones que quieren resaltar. Su pensamiento y obra a la medida del historiador la encontramos sobresaliente, respecto a otros escritos en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, escrita en su virtual retiro político hacia 1513 pero en curso de cuya redacción y pensamos que sobre muchas ideas aquí vertidas, nacerá *El Príncipe*. Los *Discursos*, según el mismo Maquiavelo advierte en la dedicatoria, han nacido en virtud de “una larga práctica y continua lección de las cosas del mundo”²⁹. Y ya en el *Proemio* destaca la importancia del conocimiento de las cosas antiguas en directa relación con el presente. No existe principado o república que haya acertado sin recorrer los ejemplos de la Antigüedad en materias como “(...) ordenar la república, mantener el régimen (nel mantenere li stati), gobernar el reino, ordenar la milicia, administrar la guerra, juzgar a los súbditos, acrecentar el dominio (. . .)”³⁰. Tales las grandes tareas que expresan la realidad del poder y condicionan, para Maquiavelo, la jerarquía de acciones virtuosas o corruptas que clasifica, con conceptos éticos en el *Libro Primero, Cap. X*, cuando exalta la conducción política y la fundación religiosa. “Entre todos los hombres alabados son alabadísimos los conductores políticos y ordenadores de la religión. Siguen luego quienes fundaron reinos o repúblicas (...) quienes, al frente de ejércitos, ampliaron su reino o su patria. A éstos se agregan los hombres de letras. Y como éstos son de muchas clases debe celebrarse a cada uno de acuerdo a su aptitud”³¹.

Por el contrario, serán conductas políticas de carácter corrupto aquellas que destruyan la religión, disipen los reinos y repúblicas, ofendan la virtud, las letras y todas las artes que ofrezcan a la vida humana utilidad y honor. Tales hombres, impíos, violentos, ignorantes y viles y ociosos han de ser distinguidos mediante la principal elección “della due qualità d’uomini”³².

Unos fundan la autoridad, instauran el predominio de lo “público”, mientras otros elevan a principio político la prerrogativa del interés “privado”. De ello

se deduce claramente el origen de la guerra civil debiendo advertirse que la dialéctica “público-privado” ya se encuentra en Maquiavelo. La ofensa de lo privado a lo privado genera miedo, el miedo incita a la defensa, ésta organiza partidarios, la ciudad se divide y de sus divisiones nace su ruina.

La trayectoria de la existencia política de los romanos y sobre todo el principio del “vivir civil” es la línea principal, plena de ejemplos extraídos de la Antigüedad y de su presente, que sigue a Maquiavelo en los tres libros que componen sus *Discorsi*.

Hay en su comienzo una clara valoración del factor religioso que por lo general complementa el *pathos* nacional de su obra. El conflicto entre *religión* y *política* es secundario si lo entendemos como normatividades antagónicas. La importancia atribuida a la religión romana reaparece en sus juicios sobre fray Gerolamo Savonarola, su contemporáneo, a quien Maquiavelo vio morir en la hoguera. El altivo fraile resultó un hombre sinceramente entregado a la república, pero su vehemencia y piedad eran *desarmadas*. No es que Maquiavelo deseche la prédica cristiana, sino que por el contrario quiere ver en ella coincidencias con la voluntad política activa.³³

La decadencia italiana es juzgada en el *Proemio* del Libro Primero de los *Discorsi* en parte como una consecuencia de la “debolezza nella quale la presente religione ha condotto el mondo, o da quel male che ha fatto a molte province e città cristiana un ambizioso ocio (. . .)”. La verdadera ausencia en el presente, de quienes imiten la ejemplaridad del pasado, ha de hallarse para Maquiavelo en la ignorancia de la “historia”. Advierte que la estructura del acontecer muestra repetición y que es posible imitar a los antiguos en aquellos hechos que la legalidad natural explica³⁴. No hay que atribuir entonces el rumbo incierto e irreal de la existencia política del presente a la religión cristiana, sino más bien al “non avere vera cognizione delle Storie”³⁵. Es que las fórmulas antiguas tienen un poder de previsión para el presente debido a que exhiben “accidentes parecidos”³⁶.

Respecto del problema religioso, tratado a través de la adhesión al Papado, equivaldría en términos generales al sometimiento del estado a la jerarquía eclesiástica. Decimos de acuerdo a términos generales, porque políticamente el Papa podría haber realizado en Italia una gestión activa de unidad nacional, pero ello implicando una mayor autoridad secular de la curia romana. Para un escritor de aquella época, tal adhesión era una vía cerrada *ab initio*. Tampoco podría haberse realizado la unidad nacional siguiendo el desarrollo del *imperium* de Carlos V. Parece entonces imposible la conciliación entre el nacionalismo republicano y las pretensiones imperiales en la península italiana. Asimismo, no lo era menos conferir al programa político que esboza Maquiavelo un signo inmediatamente religioso.

Maquiavelo acepta la idea religiosa, como hemos visto, desde un punto de vista histórico, como “fundacional”. El cristianismo como religión instituida ha cumplido para Maquiavelo la función de “gobernar”, “unir”, “mantener” y “legitimar” las leyes prescriptas a los hombres. Señala, además, como máxima virtud del soldado antiguo el haber obrado en ellos, plenamente el “temor de Dios”³⁷.

Porque quien considere la historia romana vería de qué manera la religión sirvió para comandar los ejércitos, animar al Pueblo, sostener a los buenos y hacer avergonzarse a los reos³⁸. “Concluyo –escribe Maquiavelo– que la religión introducida por Numa fue la primera causa de la felicidad de aquella república”, y más adelante sostiene: “Y como la observación del culto divino fue causa de la grandeza de la república, así el abandono de aquélla fue causa de su ruina.”³⁹

Es sorprendente no encontrar en la obra de Maquiavelo, ni siquiera en sus informes diplomáticos sobre Francia y Alemania, referencia alguna al curso inminente de la reforma protestante. Hay algo de cierto en la poca atención que el florentino presta a los motivos espirituales en sí mismos. Podría explicarse en aquel momento, porque los protestantes no habían iniciado todavía los grandes combates políticos que implicaría la Reforma. Pero en mayor medida, porque a Maquiavelo le interesa la lectura de los acontecimientos en tanto vectores

del poder. No le atrae el factor religioso como arbitrio y fe interiores. Prefiere valorar sus preceptos morales como orientaciones prácticas de la vida social. Más concretamente su juicio de la religión la interpreta como "positividad". Ella conserva el culto *externo* (ceremonia, ritual, liturgias). Es además garantía *civil*, que al fomentar la devoción y *riverenza* concurre a la educación del Pueblo⁴⁰. Rechaza en cambio todo aquello que en el cristianismo predispone al hombre a las aspiraciones extraterrenas.

Ciertamente, estamos frente a un peculiar estilo renacentista acerca de lo religioso, una mentalidad que rechaza de plano cuanto haya de contemplación y pasividad en la práctica religiosa. En los *Discorsi* (Libro Primero, Cap. XII), hay una profunda reflexión sobre la política del Papado en los asuntos italianos, básicamente por el obstáculo que opone a la mencionada unidad nacional⁴¹.

-V-

Pero no hay mayores posibilidades de dominar con el aparato conceptual el componente de incertidumbre propio de las acciones humanas; se requieren otras cualidades para ponderar la capacidad de decisión. Sin embargo, la Historia manifiesta analogías (sobre todo orgánicas, puesto que Maquiavelo utiliza el dispositivo intelectual de su tiempo) y recurrencias. Cuando hace un instante nos referíamos a los *Discorsi* hicimos mención del lugar que la religión ocupa en el desenvolvimiento de la vida romana. Sin ser un concepto cristiano completamente, Maquiavelo quería exaltar por vía de una ejemplaridad activa: *la virtud* antigua. Pero sobre todo le interesaba destacar la presencia de aquélla en las grandes decisiones de la política romana⁴².

De la *virtú* se deriva incluso la *legalidad*, entendida como una instancia fundacional del cuerpo político, bajo los tres tipos dinámicos de gobierno o régimen que conoció la historia romana. Él dice que los tres ordenamientos (*stati*) y "accidentes" que condujeron a Roma a su perfección fueron el Principado, la Aristocracia y el Gobierno Popular. Fácilmente corrompidos por el paso del

“tiempo” el Principado deviene tiranía; la aristocracia “*stato di pocchi*” u oligarquía y el Gobierno Popular: “*sanza dificoltà in lizeioso si converte*”⁴³. Es que el tiempo adormece la *virtú* y alienta el vicio. Es en el escenario del desorden y la licencia, de una expresión tumultuosa, piensa Maquiavelo, que surge un caudillo (príncipe) y restablece la *legalidad* (republicana). Hay ciertamente recurrencia en los ciclos políticos, dinámica circular, pero se abandona la analogía orgánica, tan claramente expuesta señala Palmieri, en el *Proemio* de los *Discorsi*. La incertidumbre es el *hombre*⁴⁴.

Estimulados por las mismas pasiones y actuando en los mismos escenarios por su sola interacción, los hombres producen resultados distintos. El obrar político es una mediación entre impulsos, pasiones y finalidades. Todo indica que el conocimiento del pasado, no alcanza de manera suficiente para el ejercicio de la previsión. “Si os ha llegado a fastidiar el discurrir sobre los acontecimientos políticos –escribe Maquiavelo a su amigo Vettori– por advertir que muchas veces ellos se producen sin relación alguna con los razonamientos y conceptos que se hacen, tenéis razón, porque algo semejante me ha ocurrido a mí”⁴⁵.

Todo puede esperarse de las obras humanas emprendidas con prudencia, decisión y *virtú*; pero, siempre, admitiendo aquella incertidumbre, que en su terminología Maquiavelo llamará, *necesità*. La *virtú* en sentido estricto no es atributo de un régimen político exclusivamente, sino que debe interpretarse como “habilidad” y “técnica”, pero en sentido amplio es capacidad intelectual y moral de “conducción”. Empero, la misma *virtú* se exalta o atempera por imperio de la necesidad y la recurrencia de las formas políticas. De ahí se sigue la importancia que tiene para el Príncipe el conocimiento de la Historia. Es un tipo de legalidad que los historiadores llaman anaciclosis (repetición) y que proviene seguramente de Polibio, aunque en Maquiavelo designa una legalidad profunda del acontecer⁴⁶. El mundo de los hombres es dinámico. Las formas políticas se constituyen en un suelo cambiante: nacen y perecen sus acciones a la manera de los organismos. Debe ser estudiado, en consecuencia, como una totalidad viviente, no mecánica. “Como las cosas humanas están en perpetuo movimiento

y no pueden permanecer inmutables, su inestabilidad las lleva a subir o bajar y a muchos actos conduce no la razón, sino la necesidad"⁴⁷.

El estudio del pasado cumple así una doble función: reducir la incertidumbre en las acciones del presente y brindar los paradigmas de la antigua *virtú*.

El concepto maquiaveliano de *virtú* no es unívoco. En principio, ya vimos una posibilidad de definirlo en sentido estricto como "técnica" y "habilidad", sugiere una expresión simbólica en variadas expresiones personales de carácter cualitativo.

La *virtú* señalada por Maquiavelo interesa principalmente como atributo del "hombre político" y, en lo deseable, de todos los ciudadanos. Se identifica en sentido amplio con el "vivir libre" o vivir civil, y es exaltación asimismo de la *libertad*.

Del mismo modo, prescindiendo de su connotación moral podemos entender la *virtú* también como *potentia* en el sentido latino y acaso como una evocación de la *areté* clásica. Siempre aparece relacionada con la *conducción política*. En tanto que potencia, el político virtuoso podrá imponer con su acción una "verità effettuale", campo de estudio de la "ciencia política". O sea, la *virtú* política estará en condiciones de convertir el dominio en "institución". Por tal motivo en los *Discorsi* Maquiavelo atribuye al hecho inicial de la jefatura la determinación como "legalidad" de lo *bueno* y lo *justo* que han de imperar en toda la ciudad⁴⁸. Es la prolongación de la *virtú* más allá de los hombres particulares lo que *institucionaliza* el poder y la grandeza de los romanos⁴⁹.

El símbolo de la *virtú* ocupa buena parte de *Il Principe* (Cap. XV al Cap. XIX) y prácticamente ordena la caracterización del obrar político en el resto de la obra⁵⁰.

Aun cuando debamos considerar la *virtú* como el núcleo de la acción, ella se presenta objetivamente en confrontación con otras acciones, sentidos y realidades opuestas.

La *virtú* ha de ponerse a prueba en el campo de la historia concreta, razón por la cual una acción no es virtuosa en sí misma como autoconciencia de quien la emprende. Es virtuosa por su capacidad de imposición. Ciertamente que vale como referencia, una vez más, la imagen del “profeta desarmado”, o sea, la figura trágica de un “deber ser” carente de medio para devenir *ser efectivo*⁵¹. Es en el terreno de la historia donde las cualidades del sujeto han de volverse dinámicas y sus premisas iniciales relativas a cada situación. “Creo que así como la naturaleza da a los hombres rostros diversos, así también los dota de distinta inteligencia y variado temperamento. De aquí se sigue que cada uno se conduzca conforme a su propia inteligencia y peculiar temperamento” y Maquiavelo agrega: “(...) como por otra parte varían los tiempos y el orden de las cosas, realiza sus deseos a la medida de las esperanzas, aquel hombre cuya manera de actuar se acomoda a las circunstancias y por el contrario fracasa el que no concierta sus acciones con el tiempo las exigencias de las cosas”⁵².

He aquí el universo político: una intrincada red de intencionalidades, deseos y mediaciones técnicas. Todo es en él voluntario y finalístico, plenamente humano y desde luego condicionado. Podría decirse que establece Maquiavelo un tratamiento del hecho político, bajo un sesgo positivista, fenoménico. Pero es tan sólo un procedimiento metódico. No prescinde del elemento normativo de base.

La correlación de fuerzas en la vida italiana, si nos atenemos al análisis del mismo Maquiavelo, debía explicarse entonces por la *necesitá* tanto como por la falta de *virtú*. Pero hay un tercer concepto que reúne la capacidad personal del político con la fuerza de los acontecimientos que quiere someter a su intención: la *fortuna*.

Siempre nos hallamos en el elemento de la historia, vale decir que la fortuna es también una categoría por completo humana. En el mes de agosto de 1513 escribía Maquiavelo a Vettori: “(. . .) Estamos gobernados por príncipes hechos de tal manera que por naturaleza o por casualidad tienen las siguientes

cualidades: tenemos un Papa sabio y por ello grave y cauto; un Emperador inestable y voluble, un Rey de Francia esquivo y temeroso; un Rey de España avaro y tacaño; un Rey de Inglaterra rico, cruel y ávido de gloria; los suizos bestiales, victoriosos, insolentes; nosotros los italianos pobres, ambiciosos y viles”⁵³. Estas configuraciones desatarían en la península lo que un observador llamaría “las fuerzas de la necesidad”. Pero son caracterizaciones sin duda ligeras, aunque perfilan rasgos humanos. La necesidad nunca es para Maquiavelo una presencia providencial en los asuntos de la vida histórica. Las cualidades advertidas por Maquiavelo pueden convertirse en la *virtú* política de cada uno de los príncipes mencionados siempre que con ellas logren advertir el curso de la *necesidad* y volverlo en su favor: serían de este modo, príncipes *afortunados*.

En el conocido Cap. XXIV de *Il Principe* expone Maquiavelo las causas que a su juicio llevaron a muchos príncipes italianos a la pérdida de sus Estados. Nuevamente reaparece la función decisiva que la *virtú* obra en aquellas causas. Pero aquí la *virtú* es considerada como la “fuerza propia”. Los atributos de la conducción política como ciencia, que procede del conocimiento histórico y como arte, que se realiza afortunadamente o no, en el elemento de la incertidumbre⁵⁴.

La decadencia italiana, es vista en las páginas de *Il Principe* con menos amargura que en otros lugares de su obra. Es una decadencia explicada ahora por causas humanas, por razones diplomáticas y militares, por la misma falta de unidad nacional que lleva a la dependencia de potencias extranjeras y las negociaciones vergonzantes. Italia no padece un *destino*, sino que sobre ella juegan con variadas consecuencias una amplia gama de virtuosismos políticos y logros más o menos afortunados.

La *fortuna* es un “hecho” humano. Resultado más que causa. Encuentro de la necesidad (histórica) con aquel hombre que conoce su dirección y se orienta por ella. Además, la fortuna es diacronía, desajuste y ausencia de correlación en la estructura temporal. “Pero como los tiempos y el orden dado de las cosas cambian de continuo en general y en particular, en tanto los hombres no mudan

su temperamento ni sus modos de proceder, ocurre que alguien tendrá buena fortuna durante un tiempo y adversa en otro"⁵⁵. Se parte de un sentimiento, dice Maravall, más que de un puro azar, de una extraña, versátil e inalcanzable fuerza frente a la cual el curso del acontecer humano es irregular y a veces inexplicable⁵⁶.

No debemos olvidar que la *fortuna* fue un motivo antiguo. Interesó vivamente a los romanos apareciendo bajo la imagen sutil del destino. Entonces era muy difícil, explica Grant, hacerse alguna idea coherente y lo que es más, creíble, acerca del porvenir. Tal vez la falta de esperanza hiciera lo suyo, para que el sentimiento del futuro terminase aferrándose a la idea del destino. Para ellos era una potencialidad ética, sin embargo, para Maquiavelo es histórica⁵⁷.

Por lo común, cuando la *virtú* no se le opone, la fortuna aparece como *necesitá*. Tal es la regla, como él mismo dice, *in universali*. Pasa luego al tratamiento de lo particular y nos advierte que es frecuente ver pasar a un Príncipe de la felicidad a la ruina, sin que haya habido cambio alguno en la naturaleza de las cosas⁵⁸.

El político puede fiarse de la fortuna, pero si los tiempos cambian, esta misma confianza lo llevará al abismo. Sólo prospera quien procede de acuerdo con los tiempos. "Es preciso aguardar al tiempo que es padre de la verdad"⁵⁹.

La *fortuna* que Cassirer interpreta como un término referido al componente mítico de la acción, señala, sin embargo, por ausencia de una mayor formalización, una temprana teoría de la *elección política* en un marco de incertidumbre⁶⁰.

Veamos, sin embargo, que lo "incierto" no es sin más lo *necesario*, por más que necesidad aparezca en medio de la incertidumbre. La necesidad siempre es la consecuencia de una libertad ajena a la mía y a la cual no conozco, pero que ha de obrar en un espacio que mi voluntad ha elegido. Para Maquiavelo la necesidad no es algo neutro respecto a los intereses del hombre. Asimismo la fortuna, que

no parece implicar un sesgo de responsabilidad personal. El político afortunado ha puesto algo de sí (la *virtú*) para volver cierta a la misma necesidad; pero, quien la padece, sigue percibiéndola como incierta, esquiva y temible. Siente que la dirección de sus actos se ha escapado de sus manos.

No obstante, si cambiase la naturaleza de los hombres al mismo ritmo que cambian los tiempos y las cosas, de seguro la fortuna no cambiaría.

- VI -

La neutralidad de los juicios políticos no resulta para Maquiavelo una premisa de objetividad o, como hoy diríamos, una garantía epistemológica de *verdad*.

Si la *virtú* fuese algo distinto, en su apariencia, que la tensión de la voluntad y el deseo frente a la necesidad, la política no tendría sentido. Restaría tan sólo seguir la senda del conservatismo y la inercia. Se *agotaría*, el sentido agonal del obrar político. Existiría una linealidad en los sistemas de poder; no ya una recurrencia. Entendiendo *Il Principe* como un inventario de técnicas y sus aplicaciones en el orden del *stato* (condición general del obrar político, no sólo “sistema” o “régimen”) Maquiavelo parece interesarse por la *conservación* del poder. Sin embargo, no es así: la verdad es conquista de la voluntad organizada, resulta de la praxis. La verdad es obrada, no “imaginada” ni ajena al mundo de la subjetividad. En todo caso existe en Maquiavelo más historicismo, que positivismo. Digamos que la política es la refutación histórica de lo positivo, visto esto último como cierta condición de máxima objetividad y realidad. Incluso vemos cierta anticipación de la dialéctica del deseo tal vez por escribir Maquiavelo en un ambiente social donde lo “adquisitivo” es un estímulo de las relaciones sociales. Mencionando el caso de la *lex agraria*, sino trágico de los Graco, advierte como regla general: “siempre es mayor el deseo que la *potenza* de lo adquirido”⁶¹. Como su manera de proceder, tanto analítica como expositivamente lo lleva a quitar del balance político consideraciones morales, se afirma con demasiada

ligereza que fines y medios se vuelven incompatibles para explicar mutuamente el sentido de la acción. Pero en realidad, la única precaución del método de Maquiavelo (histórico, comparativo y totalizador) es reconocer, simplemente la determinación que las circunstancias técnico-materiales ejercen sobre el obrar⁶². Estas determinaciones, originadas ellas mismas también en la acción de *otro* aparecen como la materialidad condicionante, como la *necesidad*. Más allá de la naturaleza humana y sus pasiones, por un lado, y la repetición cíclica del crecimiento y decadencia, las dimensiones de la política son libres, voluntarias e intencionales.

La acción política resulta entonces, para Maquiavelo, desde un principio la construcción organizada de un sistema de poder, pero con elementos dinámicos. No es la aplicación de axiomas o principios o de fórmulas producidas por una vía intelectual⁶³. Lo *institucional* es la imposición de la *virtú* que por ello ha devenido "legalidad". Debe perdurar más allá de su fundador⁶⁴.

Máximo destino de los italianos, la *política*, parece ser la única salvación puesto que por ella, podrá su comunidad nacional expresar lo que entiende que es la cualidad intrínseca de los pueblos: el rechazo a ser dominados. Y es evidente que la libertad, es en Maquiavelo cualidad del ser Pueblo, mas que vocación "individual".

Cualidad de las *repúblicas antiguas* era precisamente el *vivir libre*. Sólo en esa condición (*statu*) podían acrecentar la riqueza, multiplicar la población, extender las artes, incitar los conocimientos y las creencias.

Frente a las oligarquías, los Pueblos tienen por impulso *natural* no ser dominados⁶⁵. La historia misma como *memoria* no deja al Pueblo olvidar la libertad perdida, termina convirtiéndose en una idea redentora.

- VII -

Ningún imperativo moral vuelve más eficaz la acción política por el solo hecho de acercar un justificativo interior al sujeto que la emprende. O mejor aún, una vez circunscripto el ámbito de lo político, el tratamiento de la justificación moral cambia de sentido. Maquiavelo no lo excluye, como críticos superficiales han querido ver. Sólo advierte que el juicio moral al sancionar la acción política se politiza él mismo. Buscará entonces imponerse en “general” a la manera de un principio ético. Querrá juzgar las acciones de acuerdo a sus intencionalidades más que según su resultado. Por eso creemos que el intento de neutralizar la moral no es una variedad del cinismo. Es una negativa vehemente de admitir que la moralidad abrigue pretensiones políticas y al mismo tiempo mantenga una capacidad crítica⁶⁶.

Precisamente, el liberalismo, habiendo promovido una conciencia sin asidero externo, al margen de la comunidad fines degeneró en el ídolo de la autarquía ética; levantó la individualidad contra la comunidad. Se explica entonces que tales reparos hacían de Maquiavelo un autor en extremo responsable de la inmoralidad política como premisa del *realismo*.

La autonomía de lo político instaura un nuevo espacio para la reflexión de una época de emergencia de instituciones y vínculos que caracterizan a la Modernidad.

Ya no es la existencia política una condición natural del hombre, regida por determinaciones que halla fuera de su ámbito. Estamos frente a un repertorio novedoso, tanto en los motivos como en las técnicas del dominio.

Ahora la política es acción y movimiento de la voluntad respecto al hecho, también nuevo, de que inusitadas energías sociales y hasta psicológicas comienzan a expresarse.

Nunca es ocioso repetir que el contenido “moral” respecto a la mencionada autonomía de lo político es en principio, para Maquiavelo, una premisa del método.

Fue un pensador demasiado comprometido con su entorno como para admitir que los hombres espontáneamente buscarán con afanes inauditos la concordancia de su beneficio con el interés de su prójimo. Lógicamente que reconocer el contenido moral de la acción no la volvía más eficaz, como dijimos, sino cuando se ejecutaba con cierta técnica. En una interesante reflexión, dirigida al Canciller de Luca escribía: “Entre las muchas cosas que demuestran lo que un hombre verdaderamente es, no tiene poca importancia el advertir cómo admite con facilidad aquello que trata de hacer creer a los otros... de modo que cada vez que uno cree lo que no debe o finge mal aquello que quiere hacer creer a los otros se le puede considerar irreflexivo o de ninguna prudencia”⁶⁷.

Es la distancia entre los motivos de la acción y su puesta en práctica lo que sugiere la inmoralidad del actuar político. Y precisamente el Príncipe, armado del poder público (para Maquiavelo el conductor político es “público”) debe cerrar todo espacio a la sedición y a la crítica. En ninguna parte el Estado admite que la “conciencia privada” asuma prerrogativas políticas. El Príncipe ha de tener siempre presente el “bien común”, más que la ambición propia⁶⁸.

Son las demandas que el Pueblo hace llegar al Príncipe, el más alto resguardo de la ética colectiva de una comunidad. Precisamente la característica que Maquiavelo encuentra en el *vivir civil* como vivir libre, que permite al ciudadano acogerse a los dispositivos de la legalidad. La legalidad es reguladora tanto de los *principados* como de las *repúblicas*⁶⁹. A un Pueblo levantisco y licencioso puede conducirlo un buen príncipe por mejor camino, mientras que un mal príncipe no encuentra otro remedio que el hierro⁷⁰. Habiendo incluso crisis de libertad llega el mismo pueblo a volcar su apoyo al tirano, como forma de quebrar el poder de las oligarquías. En las *cosas particulares* recomienda incluso, como norma de prudencia, consultar al Pueblo⁷¹. Más aún quien conduzca el *estado civil* ha de contar necesariamente con el favor del Pueblo⁷².

Podríamos deducir de la breve exposición que hasta aquí hemos realizado, que en Maquiavelo hay una posibilidad, de acuerdo a la misma textualidad de sus ideas, de sentar dos hipótesis de base. Lógicamente si por ello entendemos una formalización lícita de su teoría política para proyectarla en el cuadro ideológico de su época. La primera hipótesis pensamos que concierne al *conflicto* como esquema del sistema político o de la condición (stato) política en general y en todos los tiempos. Esta hipótesis favorece el tratamiento histórico del pensamiento de Maquiavelo. Impide al mismo tiempo recrear una visión metafísica del orden político y desde luego separa de manera tajante la reiterada noción del Estado ideal. Maquiavelo no sigue la vía del realismo abstracto: la conciencia que los hombres poseen acerca de lo que llevan a cabo es tan real como las dimensiones materiales y técnicas de la política en este caso. Las ideas forman parte de la realidad. La segunda hipótesis se refiere al interés de Maquiavelo en el estudio de las formas de *institucionalización*, esto es al pasaje de una concepción de lo político centralizado en las capacidades del mando, la autoridad, la astucia, la *virtú*, en suma, de *Il Principe*, a otra concepción más moderna del Estado como "régimen", "dominio" o "sistema de gobierno". En realidad su preocupación acerca de cómo "conservar" el poder es correlativa a la conversión de éste en *institución*.

La vía constructiva, precisamente, debe enlazar de manera coherente y racional todas las peripecias de este pasaje. Es la vía que la narración del historiador prefiere para trasladar a sus coetáneos una empresa similar. Los Discursos sobre Tito Livio, por ejemplo, son una lectura que emprende como método (camino) el estudio atento y grave de la institucionalización de la República romana. Es secundario en esta instancia que sea el Pueblo o el Príncipe quien recorra el camino de la construcción política: en todo momento es preciso para el Príncipe ser parte del Pueblo⁷³. Es preciso atender este señalamiento de la "pertenencia" como garantía del conocimiento. Para Maquiavelo el saber político procede por vía participativa, no contemplativa. Se entiende que sus obras hayan sido desterradas por la Ilustración. A priori reclamaba la existencia de las instituciones políticas como "obra", nunca como derivación de un orden

racional. La Razón vista de manera retrospectiva, habría aparecido a Maquiavelo como una relación de proporciones regidas por el poder o en todo caso como un cálculo y una legalidad a la cual los hombres deberían someterse.

- VIII -

¿Puede establecerse una separación, clara y distinta, entre las formulaciones técnicas acerca del poder, y las orientaciones normativas del propio Maquiavelo, respecto de la “situación” de su país? El florentino, durante cuatro siglos y desde corrientes ideológicas a veces antagónicas, fue mediatizado por el punto de vista de sus detractores, críticos superficiales o profundos, y principalmente en Italia rescatado en los términos del *nacionalismo necesario* para aquella nación atribulada.

Hemos preferido equilibrar aquellas formulaciones sobre la normatividad que ciertamente le sirve de base. Nadie ha probado nunca que los aspectos técnicos sobre el poder y el gobierno del Estado haya, sido invención de Maquiavelo⁷⁴. Sencillamente constituían modalidades “prácticas” del conflicto entre el feudalismo y la centralización estatal. Y en el caso de nuestro autor, aquellas prácticas se dirigían bajo la síntesis de sus ideas, a “politizar” en un sentido moderno, la conducta privada y pública de los italianos. En cuanto a las orientaciones normativas, hay mucho de cierto en la caracterización que hace de Maquiavelo, un promotor de la *democracia nacional* italiana. En los límites, se entiende, de la realidad inmediata sobre la que debió actuar⁷⁵.

Hasta aquí destacamos algunas líneas de fuerza perceptibles en la textualidad de su obra. Es tarea de mayores alcances enhebrar sus ideas con la “situación” concreta de la lucha política. Sin embargo, habiendo señalado sus direcciones principales, vale decir la estrategia implícita cuyo resultado sería la unidad nacional, es necesario precisar el instrumento histórico que Maquiavelo estima necesario para su logro.

Para el contexto en que escribe el florentino, hacia 1510, es una notable anticipación haber señalado la necesidad de una política unitaria y armada como condición y garantía de la independencia nacional. El encuadramiento militar de los ciudadanos (que Gramsci consideró el núcleo *jacobino* del programa de Maquiavelo) era la garantía de existencia del Estado⁷⁶. Maquiavelo comprende que el poder de las armas no podía derivarse de la riqueza, y menos aún del compromiso de las tropas mercenarias. No invoca el poder del soldado, sino la *virtú* del guerrero antiguo que espera ver resurgir del corazón de los italianos. La *virtú*, desde luego y no la mera disposición técnica del arte militar. Le interesa la calidad humana, no su exclusiva manifestación instrumental⁷⁷.

“El demócrata nacional anunciando la bancarrota del liberalismo burgués y al mismo tiempo constatará la del fracaso del capitalismo privado: la economía privada de los comerciantes ha enterrado la capacidad militar⁷⁸.”

El pensamiento militar de Maquiavelo responde a las condiciones italianas: es *defensivo* y sin embargo “movilizador” de las energías sociales al menos en una primera fase. Subordinado a la conducción política: utilizado con astucia por el Príncipe se hallará en estrecha relación con la *astucia*; pero también con la *integritá* de quien manda. La fuerza militar nunca podrá enturbiar la imagen principesca. La integridad del conductor político se aviene ciertamente con el esquema humanístico y su registro de cualidades; tiene mucho que ver con aquella conducta ejemplar que encuentra Maquiavelo en la *Ciropedia* de Jenofonte, verdadero “espejo de príncipes”⁷⁹.

En síntesis, la *integritá* como visión global de la política desde la persona del conductor se suma a la astucia necesaria y a la decisión en las grandes cuestiones del poder.

Algunos intérpretes destacan dos compromisos antagónicos que terminan condicionando la perspectiva con que Maquiavelo analiza el fenómeno de la política y la guerra ya en el horizonte de la “Modernidad”. El primero

sería su adhesión al análisis *realista de las acciones* (causalidad de la acción); concretamente a su tecnología o praxeología. El segundo compromiso lo establece Maquiavelo al proceder siempre por una vía empírica y pragmática cuando formula principios de acción: es el recurso a la Historia.

Pero se pasa por alto la profunda incidencia de sus orientaciones normativas, la exaltación de valores a cuya promoción se vuelca vivamente. Tal vez este criterio explique por qué, el discutido Cap. XXVI de *El Príncipe* es algo más que un “agregado” sin importancia a la línea principal de su obra. Sin embargo, no es así.

Para Maquiavelo, la política es siempre “política nacional”; existe en el elemento de la decisión libre, autónoma de un sujeto histórico: el Pueblo. Por este motivo encuentra en la falta de una política así concebida, el origen de la crisis italiana.

La importancia que atribuye a la milicia nacional y popular serviría para “nacionalizar” definitivamente la situación de cada estado. Impediría asimismo la formación de facciones, sería el instrumento histórico de la *virtú* pública.

Los *Diálogos sobre el Arte de la guerra* (1519) y una gran cantidad de reflexiones sobre el problema militar que pueden hallarse en su obra son el verdadero corolario de *El Príncipe*⁸⁰. Mientras medita sobre los lineamientos del Estado nacional, elabora una concepción original de la milicia. Doctrina del poder, y perspectiva metapolítica de la guerra son recíprocas. Basta leer *El Príncipe* con este criterio para encontrar que todos sus ejemplos históricos se relacionan con el problema de la “decisión” militar como última ratio o por lo menos como garantía de la diplomacia. No existe para Maquiavelo autonomía de lo político respecto de lo militar.

Pero sus críticas al *mercenarismo* explican indirectamente que el hecho mismo de la guerra es un emergente de la voluntad nacional “libre”, esto es,

instalada en el corazón del Pueblo. La importancia que atribuye a la infantería, arma que encuadra al ciudadano, que ocupa *espacio* y que además, sobrepasa a la caballería expresión militar del feudalismo. ¿Reconocía Maquiavelo que los males de su patria tenían origen en la llamada “crisis militar” de Italia? Estudios bien fundados, como el de Pietro Pieri niegan tal “crisis”. No obstante, existía como derivación de la política de la península⁸¹.

Así pues, ocupación y movilización serían los componentes que Maquiavelo atribuye a la organización militar, reiteramos, como una expresión de la *virtú* y de la participación en el destino común. La milicia nacional es la más alta forma de organización del Pueblo. Convoca y moviliza: anticipa la idea posterior de la Nación en armas⁸². Pero Maquiavelo reconoce, asimismo, que la creación de la milicia nacional impone transformaciones en la estructura social de la *ciudad*. En primer lugar porque al suprimir la institución del *condottiero* separa la “riqueza económica” del poder militar. En segundo lugar porque la milicia, “fortaleza” del Estado, puede crear una nueva disposición de la influencia y el prestigio de acuerdo con el servicio público del ciudadano. Ello obliga al Príncipe a poseer el talento suficiente para las cosas de la guerra. De ningún modo es una herramienta de la “razón de Estado”.

No existe en Maquiavelo siquiera una idea clara del Estado moderno, y menos aún el “concepto” de Estado.

Pero en el Cap. XII de *Il Principe*, al igual en los escritos a propósito de Tito Livio, se reitera que el fundamento del Estado son “buenas leyes y buenas armas”.

Las buenas leyes regularán la institucionalización de la *virtú*; las buenas armas asegurarán aquélla desde la lealtad de los ciudadanos y según la “fuerza propia”⁸³.

Las tropas mercenarias, si están conducidas por capitanes dotados de genio para la guerra, resultarán peligrosas: buscarán su propia grandeza. En cambio,

si se encuentran a las órdenes de capitanes mediocres, resultan tanto más inútiles y costosas. “Los mercenarios y auxiliares son peligrosos e inútiles. Y si uno ha fundado el Estado suyo sobre armas mercenarias, no estará tranquilo ni seguro, porque ellas son desunidas, ambiciosas, indisciplinadas, infieles, orgullosas contra los amigos, contra los enemigos son cobardes (...); la causa de esto es que no tienen otro amor, ni otra razón para estar en campaña, que un poco de dinero: el cual no es suficiente para que entreguen la vida”⁸⁴. Alrededor de 1506 en su calidad de funcionario de Florencia, bajo el gobierno de Pietro Soderini, escribe su *Discurso para ordenar las armas del estado de Florencia*. Vemos allí los mismos conceptos de fondo que registrarán más tarde sus obras sistemáticas. En primer término, la organización de la milicia que debe ser extensa y de base territorial. En segundo término debe dar lugar al armamento permanente de la población. Por último, debe anteponer el objetivo de conjunto. Maquiavelo parece haber previsto claramente que la presencia del “interés privado” en la milicia terminaría creando facciones. “Débese castigar con pena capital... a cualquier capitán de bandera que llevase ésta para cualquier acción privada o por cuenta de algún particular, así como aquel que, aun sin bandera, reuniese algunos de dichos inscriptos con fines de enemistad o de tomar bienes de alguien, o en otro modo para ejecutar alguna acción privada”⁸⁵.

Notas

* Hemos sintetizado en el presente artículo, materiales diversos sobre el pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Ordenados principalmente, según su perspectiva, sobre la construcción política de la historia; entendida ésta como *acción* y como *saber*. Asistimos en nuestros días a una virtual degradación de la Política, a un tratamiento *tecnocrático* del poder. Esta inquietud tal vez explique el interés de una obra que, como la de Nicolás Maquiavelo, cuenta entre aquellas pocas que actualmente pueden leerse con provecho. Sobre todo por las reflexiones suscitadas sobre la historia y la política en el marco de la vida nacional.

La teoría es un emergente de la *conducción política*, es la expresión de una concreta experiencia sobre los hombres y la Historia es inexplicable si no reconocemos que los Pueblos son el sujeto activo de la misma. Estas son las dimensiones básicas del pensamiento de Maquiavelo.

Las referencias bibliográficas, por razones de espacio, no cubren sino vg. sus piezas más representativas, los puntos de vista acerca del pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Hemos tenido en cuenta, complementando las fuentes directas de sus propios escritos, aquellos ensayos que, por su importancia, aclaran en algunos aspectos la textualidad de las ideas. El criterio de utilidad y actualidad de la literatura maquiaveliana, y sobre todo sus proyecciones políticas actuales, jugó también en favor de la selección del material de consulta. Por último, la fuente principal ha sido la edición a cargo de Ezio Raimondi de los principales escritos de Maquiavelo. La edición de Niccoló Machiavelli. *Opere*. Mursia Editore, Milán, 1969, 943 Págs. Otras obras menores, no sistemáticas, de Maquiavelo han sido consultadas en la edición de N. M., *Escritos Políticos*, Aguilar, Madrid, 1961, a cargo de Juan de Luaces.

¹ He aquí un problema inicial, condicionante de los estudios sobre el pensamiento de Maquiavelo. Contra lo que se afirma en algunos trabajos, no estamos frente a un escritor sistemático ni plenamente "moderno". Es difícil encontrar demasiados conceptos unívocos en sus escritos, aunque la dirección principal de sus ideas sí son claras en términos de la finalidad a la que apunta. Es más probable explicar el pensamiento de Maquiavelo, por el medio histórico-político, que por la lógica interna de sus ideas. Esto es, por la "ideología". Indudablemente no fue Maquiavelo un hombre adscripto a la *intelligentia*, si por tal entendemos a la clase intelectual, observadora y distante de los acontecimientos. Maquiavelo mismo lo aclara, como veremos, al rechazar de plano la proyección del orden político "ideal" o "utópico". No reflexiona en la senda de un Platón o de un Tomás Moro. La "historia" no es la materia donde se "aplica" la *idea*. La ideología trata la marcha de los acontecimientos de acuerdo a la "legalidad" de una idea, a su exposición "lógica". Para Maquiavelo, en todo caso la ideología es un medio de interpretación y la realidad no sólo un campo de pruebas, sino una construcción individual y social, repartida si se quiere, entre la acción consciente y la necesidad. Cf. HANNAH ARENDT. *Le origini del Totalitarismo*, vol. III, Torino, 1977.

² RUSSO, LUIGI. *Machiavelli*. Laterza. Bari. 1975. Pág. 12. WOLIN, SHELDON. *Política y Perspectiva*. Amorrortu. Bs. As. 1973. Pág. 211, 212. Esta oposición, que vuelve agnóstica si no irreligiosa, la política *moderna*, puede verse formulada en CALDERÓN BOUCHET, R. *La ruptura del sistema religioso en el siglo XVI*. Dictio. Bs. As. 1980. Cf. Maquiavelo.

³ HOFFE, OTTFRIED. *Estrategias de los humanos*, Alfa, Bs. As., pp. 10 y siguientes.

⁴ Estos principios se obtienen de la *observación* de los hechos presentes y del conocimiento del pasado: orientan y esclarecen el "hacer" y se los resume en *Il Principe* desde luego, Prólogo, en los escritos militares y en las comunicaciones y *legazioni* escritas por Maquiavelo en circunstancias diversas. Puede verse *Il Principe*, Cap. III, *Discorsi*. Libro Primo, LX, Libro Secondo, Cap. XIII.

⁵ N. M. *Il Principe*, Cap. XV, 40.

⁶ El problema del «maquiavelismo» cubre un amplio espectro de tendón cías que por lo general se definen de acuerdo a la recepción de las ideas de Maquiavelo en distintas tradiciones políticas o según intereses de partido. Puede verse bien resumido, como información general en MOUNIN, GEORGE. *Maquiavelo*, Bs. As., 1962, Pág. 125 y sgts. RUSSO, LUIGI. Op. cit. Pág. 234. GRAMSCI, ANTONIO. «Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado moderno», Lautaro, Bs. As., 1962, Pág. 119 y sgts. AROCENA, JOSÉ LUIS. *Cartas Privadas de Nicolás Maquiavelo*, Eudeba, Bs. As., 1979. *Estudio Preliminar*, IV; MARITAIN, JACQUES. *El Alcance de la Razón*, Emecé, Bs. As., 1959. Pero este autor de orientación tomista, distingue entre un «maquiavelismo-moderado» (p.228) o sea el fin al margen de los medios; y un «maquiavelismo absoluto, donde el fin justifica los medios» (p. 229). Para Maritain, tanto Hegel como Fichte serían maquiavelistas «absolutos» y su definitiva imposición la realiza el positivismo. Sobre el *positivismo* maquiavélico, véase RENAUDET, A. *Machiavel*, París., 1956, Págs. 119, 122.

⁷ RUSSO, LUIGI. Op. cit. Págs. 24, 184, 189. Asimismo WOLIN, SHELDON Op. cit. Pág. 219.

⁸ CHABOD, FEDERICO. *Storia dell'idea di Europa*. Università degli studi di Roma. (Mimeo) Anno Académico. 1958-1959. Paga. 63, 65. También de Chabod, su curso sobre los términos de Estado, Patria y Nación.

⁹ MOUNIN, GEORGES. Op. cit. 141 y sgts.

¹⁰ N. M. *Discurso sobre la reforma del Estado de Florencia*. Ed. Aguilar, Cit. Pág. 411. *Discorsi*. Libro Primo, Cap. VII, 91, puede encontrarse la "regola" en *Il Principe*. Cap. III, *Istorie Fiorentine*, Proemio, Pág. 371. En general la corrupción de las formas políticas para Maquiavelo toma la forma de la guerra interna y la desunión.

¹¹ Es la emergencia del "pluriverso" político al que se refiere Carl Schmitt y en aquella época, o sea, hacia mediados del siglo XV, la que obliga a la jerarquía papal a entrar de lleno en la política interestatal.

En realidad, como advierte Kohn, de aquella disolución del orbe medioeval nació la vocación *estatal*, pero no el nacionalismo, con excepción de admitir la hipótesis tan relativa de que la nacionalidad es una creación política "burguesa". Lejos de tener tal procedencia, el nacionalismo fue en muchos países una forma concreta de lealtad a la dinastía, como en España. Acaso podría hablarse de un nacionalismo estatal y de un nacionalismo dinástico. KOHN, HANS, *Historia del nacionalismo*. F.C.E., México, 1949, vol. I, p. 165.

¹² Esta circunstancia, si bien recordamos habría llevado a L. Ranke a sostener que el conflicto entre Iglesia y Estado fue el eje de la nueva estructuración de los poderes desde el siglo XVI. Russo remite este tema al clásico de Croce: *Etica e Politica, Stato e Chiesa in senso ideal e loro perpetua lotta nella storia*, p. 399.

¹³ GIERKE, O. von, *Teorías políticas de la Edad Media*, Huemul, Bs. As.

¹⁴ N.M. *Discorsi*. Libro Primo. Cap. XII, p. 100 y sgts. Este solo capítulo expone de manera sistemática el análisis político de la Iglesia romana y no hay otro más representativo.

¹⁵ Territorios y signorías cuyo régimen político, señala Fueyo Álvarez, brota como modelo mental en el área geográfica intelectualmente más progresiva: el microcosmos de las ciudades-estados italianas de la época del Renacimiento. Pero advierte que, como praxis, lleva la iniciativa, la política de los estados nacionales (España, Francia e Inglaterra), FUEYO ÁLVAREZ, JESÚS. *Estudio de Teoría Política*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, Pág. 444. La evolución política florentina, hasta 1494 bien resumida en TENENTI, ALBERTO. *Florenia en la época de los Médicis*. Península, Barcelona, Págs. 138 y sgts. Explica el pasaje de una Florenia "comunal" a un Estado "regional". Asimismo, MOUNIN, GEORGES. *Op. cit.* Pág. 20 y sgts.

¹⁶ Un análisis documentado, y sobre todo actual puede verse en KENT, DALE. *The rise of the Medici: Faction in Florence, 1426-1434*. N. York. Oxford Press. 1978. Sobre la formación de la política de alianzas "internas" y "equilibrio moderno", pp. 668 y sgts. Asimismo BULLARD, MELISSA, "Marriage Politics and the Family in Florence: The Strozzi-Medici" en *The American Historical Review*, Vol. 84. Junio 1979. Estudia esta singular "negociación" familiar hacia 1508, Págs. 193, 194. BURCKARDT, JACOB, *La cultura del Renacimiento en Italia*. Madrid, 1964. Pág. 265, para Burckardt, a partir del siglo XII se habría establecido la convivencia entre nobleza y burguesía en Italia, p. 265.

¹⁷ TENENTI, ALBERTO. *Op. cit.* Pág. 15. CIPOLLA, CARLO. *Historia Económica de Europa. Siglos XVI y XVII*. Ariel, Barcelona, 1979. Vol. II, permite situar en términos comparativos el nivel de desarrollo de las "economías" italianas en la economía europea. Más preciso es el estudio de LUZZATO, GINO.

¹⁸ FÉLIX, GUILBERT. *Machiavelli e Guicciardini. Pensiero político e storiografia a Firenze nel Cinquecento*. Einaudi, 1970, Princip. Cap. II. "La reazioni degli aristocratici fiorentini alla rivoluzione del 1494", págs. 51 y sgts. *Per una storia economica d'Italia*. Laterza, Bari, Cap. II.

¹⁹ GUICCIARDINI, FRANCESCO. *Storia d'Italia*. Cit. Volume primo, Libro I, Pág. 6 y sgts. Libro IV, N. M. *Istorie Fiorentino*, Libro Ottavo, Pág. 647

²⁰ ANTAL, FREDERICK. *The florentine painting and its social Background*, London. 1948. (Hay ed. castellana, Guadarrama, 1971), es en verdad un clásico, y MOUNIN. G. Op. cit. Pág. 31, lo toma como referencia. Debe consultarse igualmente el clásico de SOMBART, WERNER. *El Burgués*. Madrid. Alianza. 1978. No es casual como síntoma del componente feudal de la política florentina una confesión de Lorenzo el Magnífico, inserta en sus *Memorias*: "El segundo día de su muerte (de Pedro de Médicis) aunque yo, Lorenzo, fuera muy joven y de veintiún años de edad, solamente, los principales de la ciudad y del Estado vinieron a mi casa afligidos por la desgracia y me exhortaron a tomar a mi cuidado la ciudad y el Estado como lo habían hecho mi abuelo y mi padre: la cual cosa por ser contraria a mi edad y una grande y peligrosa carga acepté a disgusto y sólo por la conservación de nuestros bienes, porque en Florencia mal puede vivirse rico sin estar en el poder" TENENTI, ALBERTO. Op. cit. Pág. 148.

²¹ MOUNIN, GEORGES. Op. cit. Pág. 16 y sgts. BURCKHARDT, JACOBO. *Renacimiento*, Cit. 68 a 79. Resume Burckhardt bajo el título de "El Estado como obra de arte" los momentos de la política interna y externa de Italia.

²² N. M. *Il Principe*. Cap. III. GUILBERT, FÉLIX. Op. cit. Págs. 220, 222, y GUICCIARDINI, FRANCESCO. *Storia*. Cit., Volume Primo, Págs. 6 y sgts. N. M. *Istoria Fiorentina*. Libro Settimo, Pág. 619 y sgts.

²³ N. M. *Discurso a la bailía de Florencia sobre el modo de proveer dineros*. Aguilar, Pág. 392. *Il Príncipe*. Cap. XXV.

²⁴ N. M. *Il Principe*. Cap. XXV, *Discurso sobre la reforma del Estado de Florencia*. Aguilar, Págs. 392 y sgts. Al igual que en otros tantos pasajes, Maquiavelo busca aquí por razones personales, pero mucho más por un problema de "ocasión histórica", conciliar el "vivir libre" republicano con los intereses del clan mediceo. Es posible, si los Médicis deciden encabezar la "unidad nacional". En este sentido, advertía CHABOD, F., que términos como "nazione" o "patria", utilizados por Maquiavelo, pueden identificarse directamente con el príncipe, convertido en caudillo. "Vostra Casa", dice refiriéndose a los Médicis.

²⁵ BURCKHARDT, JACOB. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Madrid, 1964, Pág. 73.

²⁶ ROMERO, JOSÉ LUIS. *Maquiavelo historiador*, Cap. I.

²⁷ COLLINGWOOD, Robin. *Idea de la Historia*. F.C.E. México, 1972. Págs. 44, 63. GUILBERT, Félix, Op. cit. Pág. 176. Desde el punto de vista individual, la acción histórica aparece como un caos de pasiones, intereses, movimientos volitivos singulares, intuiciones y éxitos personales. Esta reflexión de FREYER, HANS. *Introducción a la sociología*. Aguilar, Madrid, 1973, es del todo correcta.

²⁸ N. M. *Del modo de tratar a los pueblos de Val di Chiana rebelados*. Aguilar. 1951. Pág. 240. Es un breve análisis político de “situación”, donde aparece la historia romana como un modelo de cómo tratar las “rebeliones” según la clase de pueblo y el tipo de delito.

²⁹ N. M. *Discorsi*. 71, lo mismo en *Il Principe* donde “conocimiento del pasado” y “larga experiencia de las cosas presentes”, como señala Maquiavelo en la dedicatoria a Lorenzo de Medicis, permiten situar la vía metódica, la “situación” formativa del escritor político. “(...) *non ho trovato intra la mia suppellettile, cosa quale io abbi piú cara o tanto esistimi quanto la cognizione delle azioni delli uomini grandi, imparata da me con una lunga esperienza delle cose moderne e una continua lezione delle antiche* (...)” Pág. 5. Asimismo, N. M. *Discorsi*. Libro Primo, Cap. X, 97.

³⁰ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. I, II, 75, 81.

³¹ N. M. *Discorsi*. Libro Primo, Cap. X, 96.

³² N. M. *Discorsi*. Libro Primo, Cap. X, 96, 98, Cap. XVIII, 114.

³³ N. M. *Discorsi*. Libro Secondo, Cap. II, 182 y sgts. GUILBERT, Félix. Op. cit. p. 168, es importante señalar el concepto “activo” de *virtú*: es decisión, audacia y acción.

³⁴ N. M. *Discorsi*, Proemio, 74.

³⁵ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. X.

³⁶ N. M. *Discorsi*. Proemio, 71. La visión de la *recurrencia* que según analiza GUILBERT proviene de una directa apropiación que Maquiavelo hace de Polibio, incide para que el florentino no haya podido tener «todavía», porque es sin duda un concepto moderno, la idea de «revolución». Advierte HANNAH ARENDT en su estudio: *Sobre la Revolución*. Madrid. Revista de Occidente, Pág. 43, que Maquiavelo, para designar el cambio político, profundo e irreversible en la vida italiana habla de *rinovazione, mutazione* (como *mutatio rerum*) y concretamente de *restauración*. Por esto no es plenamente moderno:- quiere, como forma de existir político para la *nación que será*, simplemente la *nación que fue*.

³⁷ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XI, 99.

³⁸ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XI, 99, 100.

³⁹ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XI. La «corrupción» también se atribuye a la «irreligiosidad», *ídem* Cap. XVIII, 113.

⁴⁰ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. X, Pág. 100, 101, Cap. XVIII, 112. RUSSO, LUIGI. Op. cit., Pág. 15.

⁴¹ El Papa es tratado por Maquiavelo desde una óptica exclusivamente secular, como otro príncipe, que puede alcanzar por su posición en la jefatura de la Iglesia buenas «ocasiones» de acrecentar su poder, y también padecer, por lo mismo, ciertas limitaciones.

⁴² N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XXXVIII, 141. Señala como rasgo negativo de las repúblicas la «falta de decisión». Para Maquiavelo, la decisión no es posible para quien admite la «vía media», porque decidir es «extremar» el punto de apoyo de la voluntad. Es importante el concepto porque lo aplicará en algunas reflexiones sobre la diplomacia, la guerra o el gobierno. N. M. *Discurso sobre la reforma del Estado de Florencia*. Aguilar, Pág. 419 *Il Principe*, Cap. VII. *Discorsi*. Libro Primo, Cap. XXXVIII, 141, aquí da como ejemplo el caso de Florencia cuando en 1500 negoció frente a Luis XII sin capacidad de decisión con «vergüenza».

⁴³ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. II, Pág. 77 y sgts.

⁴⁴ La acción humana es incierta para Maquiavelo, pese a reconocer alguna legalidad, porque la iniciativa es «individual» y en ella el hombre «calcula» y «combina».

⁴⁵ N. M. Carta a Francesco Vettori, 1513, en AROCENA, JOSÉ LUIS. *Op. cit.*

⁴⁶ GUILBERTO, FÉLIX, *Op. cit.*, Pág. 176 y sgts. «La teoría e la pratica storiografica nel Quattrocento». La evolución «cíclica» de las formas de gobierno desde la incidencia de Polibio, sobre Maquiavelo, ha sido extensamente explicada por WALKER.

⁴⁷ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. VI, 89.

⁴⁸ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. II, 77.

⁴⁹ N. M. *Discorsi*, Cap. XXIV, Pág. 121.

⁵⁰ GUILBERT, FÉLIX, *Op. cit.*, Pág. 154.

⁵¹ Por ejemplo MARITAIN, JACQUES, *Op. cit.* Pág. 217, encuentra en Maquiavelo un anticipo de la «moral provisoria» cartesiana. Moral *imitativa* del hacer, y no «deber-ser». Habría una cercanía no intencional, desde luego, entre Descartes y Maquiavelo en este punto, si no *metódicamente* necesaria.

⁵² N. M. *Il Principe*, Cap. XXV, Págs. 63 y sgts.

⁵³ N. M. Carta a Francesco Vettori, agosto de 1513, en AROCENA, JOSÉ LUIS. *Op. cit.* Pág. 98.

⁵⁴ N. M. *Il Principe*, Cap. XXV. Págs. 64 y sgts.

⁵⁵ N. M. *Carta de Pietro Soderini*, febrero de 1513, en AROCENA, JOSÉ L. Cartas. Op. cit. p. 63. En esta carta advierte Maquiavelo la importancia de particularizar el problema de la «situacionalidad» de lo político. «De donde bien puede resultar que, dos hombres actuando de diversa manera, obtengan un mismo fin, si es que cada uno ha sabido conformarse con la realidad en que le ha tocado bregar, ya *que existen tantas condiciones reales como países* o Estados se consideren», Pág. 63.

⁵⁶ MARAVALL, JOSÉ A., *La cultura del barroco*. Ariel. 1980, Pág. 388.

⁵⁷ GRANT, MICHAEL, *El mundo romano*. Guadarrama, 1960. Se refiere a PLINIO EL VIEJO *Historia Natural*, II, 20. Pág. 11. *Il Principe*. Cap. XXV, Págs. 63 y sgts.

⁵⁸ N. M. *Il Principe*, Cap. XXV, Págs. 63 y sgts.

⁵⁹ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. III.

⁶⁰ CASSIRER, ERNST, *El mito del Estado*. F.C.E., México, Págs. 185, 70.

⁶¹ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XXXVI, Pág. 137. Cap. XXXVII, 138. *Il Principe*, Cap. XVII, es la clásica referencia a la mentalidad «posesiva», Pág. 44.

⁶² El concepto de *necesidad* es adecuado porque designa al mismo tiempo la condición inicial de la acción, material y técnicamente y también sus derivados materiales igualmente condicionantes.

⁶³ Precisamente, la tensión que preside el problema de la acción en un medio incierto, si bien quiere resolverse con la observación atenta de los hechos y como dijimos según el saber del pasado, no admite la *deducción*. No cabe por ello, simplemente concluir como quiere BRECHT, ARNOLD, *Teoría Política*, que Maquiavelo es un innovador en la metodología de las «ciencias sociales» porque aplica el *método inductivo*. Hay algo de cierto, pero es evidente que mientras en *Il Principe* explica la legalidad de lo político, desde los hechos particulares; en cambio en los *Discorsi* procede de manera inversa, esto es, interpreta la vida política *desde* principios generales.

⁶⁴ “Brevemente, podría decirse —escribe Russo— que en *Il Principe* se expresa el ideal del Estado-individuo, y en los *Discursos* se pinta el ideal del Estado-régimen: la política tiene un fondo antropolátrico en el opúsculo *De Principatibus*, dominado por el fascinante ídolo del ‘nuevo príncipe’, como Francesco Sforza, el duque Valentino, o Fernando el Católico que tanto afectó la fantasía de los contemporáneos (...) se atenúa en los *Discursos*, para devenir política objetivada en las leyes, las costumbres históricas del pueblo, en la tradición” RUSSO, LUIGI. Op. cit. Págs. 55, 56. Asimismo N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XI, Cap. IX y Cap. XX.

⁶⁵ N. M. *Il Principe*, Cap. V, “Pero en las repúblicas hay más vida y odio mayor, más deseos de venganza; que no deja olvidar a los ciudadanos la memoria de la antigua

libertad, por lo cual la vía más segura es destruirlas o residir en ellas”, Pág. 16. *ídem*, Cap. IX sobre el «principado civil». Nótese que para Maquiavelo, el concepto de «civil» o «civilta» siempre se corresponde con la presencia del Pueblo.

⁶⁶ KOSSELECK, REINHART, *Crítica y Crisis del mundo burgués*, Rialp, Madrid, 1965. Pág. 37.

⁶⁷ N. M., *Carta a un Canciller de la ciudad de Luca*. Octubre de 1944, en AROCENA, JOSÉ L. *Cartas*, cit.

⁶⁸ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, IX, Pág. 95, *Il Principe*, Cap. XXVI.

⁶⁹ N. M. *Discorsi*, Libro Primo. Cap. XXXIV, Pág. 134. Aquí se toma el caso ejemplar de la Dictadura, que fue una institución clásica de los romanos, transitoria y que no podía, no obstante la suma de poder, ni cambiar las leyes ni disminuir “lo stato”.

⁷⁰ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. LVIII, titulado “La moltitudine é piú constante che uno principe”, 170.

⁷¹ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XLVII, Págs. 153, 155. Aquí opone lo particular, acerca de lo cual los Pueblos no se engañan, y lo general respecto de lo que el Príncipe o la República deben decidir. “Credo ancora che si possa conchiudere, che mai un uomo prudente non debba fuggire il giudizio popolare nelle cose particolare, circa la distribuzioni de gradi e delle dignità”.

⁷² N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. I, Págs. 80, 81, Cap. LIX, Pág. 175.

⁷³ N. M. *Il Principe*, Pág. 5.

⁷⁴ GUILBERT, FELIX, *Op. cit.*, Pág. 138. MARITAIN, JACQUES. *Op. cit.* Pág. 213, atribuye a Maquiavelo tan sólo el haber reflexionado y escrito en términos de una “toma de conciencia” acerca de una práctica político-estatal en pleno curso.

⁷⁵ Ciertamente, no siendo Maquiavelo un pensador inclinado a ponderar la imaginación, que muchas veces el obrar político arrastra junto a premisas realistas, su programa unitario demandaba condiciones más imaginadas que posibles. De allí la importancia de la voluntad política y la “ocasión” para obrar. Para no someterse simplemente a la madurez de los tiempos.

⁷⁶ GRAMSCI, ANTONIO. *Notas*, Cit. Págs. 30, 37, 38.

⁷⁷ N. M. *Il Principe*, Cap. XXVI, Pág. 67. *Discorsi*, Libro Terzo. XXXVIII, Pág. 327, pide un «ejército furioso pero ordenado como la tropa romana». Exalta incluso la personalidad, lo mismo en los hombres individuales que en las Repúblicas, de los hombres «grandes». A ellos no les afecta la fortuna, *Discorsi*, Libro Terzo, XXXI, Pág. 316.

⁷⁸ RUSSO, LUIGI, Op. Cit., se refiere al motivo del Estado nacional, *in interiori nomine* como principio interno de cada ciudadano.

⁷⁹ MARTIN von, ALFRED, *Sociología del Renacimiento*. F.C.E., 1966, Pág. 97.

⁸⁰ Hay que admitir que el momento *militar*, no es el lado material del poder, su fuerza en términos estrictamente físicos. Leyendo los escritos militares de Maquiavelo, en cierto modo se percibe su carácter abstracto, «técnico». Pero si el momento militar lo comprendemos en totalidad de la política, resulta el medio en que se forjan *principados y repúblicas*.

⁸¹ Sólo en términos generales, hoy puede aceptarse la interpretación gramsciana acerca de la cuestión militar en Italia. MOUNIN, GEORGES, Op. Cit., Pág. 104, y principalmente PIERI, PIETRO., *Il rinascimento e la crisi militare italiana*, Milán, 1952. Este trabajo clásico, considera que no existían mayores diferencias entre el potencial militar italiano y el de otros países. Ciertamente que la misma división territorial, y la política interna eran la causa de dicha «crisis».

⁸² Es una imagen lógicamente retrospectiva para la época del florentino, pero adecuada, puesto que en ningún pasaje encontraremos referencia alguna de Maquiavelo a la posibilidad de ejércitos victoriosos sin concurrencia popular. *Il Principe*, XXIV, Pág. 39, Cap. XXVI, Pág. 66. Escribe a F. VETTORI: "(....) los mejores ejércitos que hay son aquellos que se forman con ciudadanos", en AROCENA, JOSÉ LUIS. *Cartas*, Cit.

⁸³ N. M. *Il Principe*, Cap. XII, Pág. 32. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XXI, advierte que es motivo de desprecio aquel príncipe o república que carece de armas propias.

⁸⁴ N. M. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. XLIII, Pág. 140.

⁸⁵ N. M. *Dos previsiones para instituir milicias nacionales en la república florentina*. Aguilar, 1951, Pág. 367. *Discorsi*, Libro Primo, Cap. VII, 90-91. Cap. IX, Págs. 95, 96. *Il Principe*, Cap. XIII, acerca de las «armas auxiliares» y la intervención de la ayuda extranjera, Págs. 35, 36.